ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

DAR EN EL BLANCO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON MARIANO PINA DOMINGUEZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.

DAR EN EL BLANCO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El viejo Telémaco............	Zarzuela en dos actos.
Sensitiva.....................	Zarzuela en dos actos.
El violinista..................	Zarzuela en un acto.
Adios mi dinero!...............	Zarzuela en un acto.
La vida en un tris............	Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo........	Comedia en un acto.
Descarga de artillería........	Comedia en un acto.
Por huir del vecino...........	Juguete cómico en un acto.
Pirlimpimpin 1.º..............	Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola........................	Zarzuela en dos actos.
Se dan casos.................	Zarzuela en un acto.
Un nuevo Quintiliano........	Comedia en un acto.
La copa de plata.............	Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo..................	Juguete cómico en dos actos.
Fausto......................	Parodia en dos actos (de la ópera).
La casa de locos..............	Zarzuela en un acto.
Dar en el blanco.............	Comedia en tres actos.

DAR EN EL BLANCO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON MARIANO PINA DOMINGUEZ.

Representada por primera vez en Madrid en el Teatro Español, el 6 de Noviembre de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRAS. D.ª MATILDE DIEZ.
ELISA	CASTRO.
JUANA	FERNANDEZ.
ENRIQUE	SRES. CATALINA.
EDUARDO	MORALES.
SEVERO	CASTILLA.
CURRO	ROMEA (J.)

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante: puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

CURRO, JUANA.

Aquel cepillando una bata; ésta arreglando los muebles.

CURRO. (Deberá marcar el acento gallego en todo su papel.)
Las once; démonos prisa
ántes que despierte el amo.
Esta endemoniada prenda
tiene un polvarin del diablo.
¡Uf! De tanto cepillar
se me han dormido los brazos.
Bien dicen que de los males
el peor es el trabajo.
(Deja la bata sobre el sofá y se sienta en una butaca.)

JUANA. Y por eso tú le esquivas
cuanto puedes.

CURRO. Está claro!
Yo soy filósofo, Juana.

JUANA. No, Curro; tú eres un vago.

CURRO. Es igual.

JUANA. Si conociese

el señorito tu flaco,
en lo ancho te plantaría
de la calle.

CURRO. Á mí en lo ancho!
Cuando tengo á don Enrique
en un puño?—Vamos, vamos!
No sabes lo que te pescas!

JUANA. Que tú le tienes...

CURRO. Y tanto!
(Levantándose y hablando bajo.)
Aunque él es el señorito,
soy yo... yo sólo el que mando!

JUANA. ¡Á ver, cuenta!

CURRO Es un secreto.

JUANA. Un secreto?

CURRO. Sí, de estado.

JUANA. Y qué importa?

CURRO. Las mujeres
no son de fiar.

JUANA. ¡Zanguango!
Pero la tuya no entra
en ese número: acaso
no soy tu mujer?—Responde.

CURRO. Por desgracia es bien exacto.

JUANA. Á que te doy una felpa.

CURRO. (Y es muy capaz de probarlo.
Eso sí.)

JUANA. Vaya, responde;
responde ó...

CURRO. ¡Quietas las manos!

JUANA. ¿Respondes?

CURRO. La historia enseña
que por ser Sanson un cándido
le vendieron.

JUANA. ¿Sí? (Le da un bofeton.)

CURRO. ¡Señora!

JUANA. ¿Y qué?

CURRO. Que no quiero escándalos!

ESCENA II.

DICHOS, ENRIQUE.

ENR. ¡Quien no los quiere soy yo!
JUANA. (Don Enrique!)
CURRO. (El señorito.)
Diré á usted...
ENR. No necesito
saber nada, se acabó.
CURRO. Es que si al órden la llamo...
ENR. Bien, márchate!
CURRO. Ella quería...
ENR. (Amenazándole con una silla.)
¿Te vas?
CURRO. (Á Juana.) ¿No te lo decía?
¿Ves como yo soy el amo? (Váse.)

ESCENA III.

ENRIQUE y JUANA.

ENR. Se levantó la señora?
JUANA. No tal: como se acostó
tan tarde...
ENR. Tarde?
JUANA. Veló
hasta las tres, y á esa hora...
ENR. (Soy un pillo, lo confieso.
En tanto que ella velaba
yo...) Dí, y por qué te zurraba
ahora poco ese camueso?
JUANA. Zurrarme?
ENR. Si es tan cruel,
su torpe maña no admito.
JUANA. Al contrario, señorito,
si le zurraba yo á él.
¡Zurrarme á mí, voto va!
Si á tanto se propasára,
puede que lo estrangulára
la hija de mi mamá.

Pues tengo buen geniecito
para tamaños belenes.
¡Ya baja!

ENR. Lo que tú tienes
es un soberbio palmito.

JUANA. De veras?

ENR. Y en este instante,
viendo tu talle gracioso...
Cuando pienso que tu esposo
es Francisco... ese bergante!
siento intencion, la verdad...

JUANA. De qué?

ENR. De darte un abrazo. (Va á abrazarla

JUANA. Señor! (Se retira.)

ENR. (Reprimiéndose.) ¡Pues es un bromazo
tener esta enfermedad!

JUANA. ¿Usted enfermo?

ENR. ¡Por Cristo!
¡Cuándo curarme podré!

JUANA. Pero en fin, qué tiene usté?

ENR. Qué tengo?—Lo que ahora has visto.

JUANA. Pues ponga su mal en jaque
ántes que le cause enojos.

ENR. Quizá tú con esos ojos...
¡Á que me vuelve el ataque!

JUANA. No, no!
(Al retirarse alarga la mano y Enrique la coge.)

ENR. Á ver?—¡Qué blanca mano!
Es un copito de nieve.

JUANA. Señor!

ENR. Y quién no se atreve? (La besa.)

ESCENA IV.

DICHOS, EDUARDO.

EDUAR. Que aproveche.

JUANA. (Retirando la mano) ¡Ah!

EDUAR. Ya es en vano
tu turbacion.

JUANA. (Galopin.)

EDUAR. No empezaba mal el dia.

JUANA. Turbarme?—Qué tontería!—
Si él la besó con buen fin.

ENR. Tu palabra es oportuna
y termina el incidente.

JUANA. (Por estas cosas la gente
luégo la *tirdan* á una.) (Váse.)

ESCENA V.

EDUARDO, ENRIQUE.

EDUAR. Desdichado calavera!
Pero tú no pones tasa.
Perseguir dentro de casa...
Pues es una friolera.

ENR. Basta de bromas.

EDUAR. Corriente.
No haces de ellas mal acopio.
En fin, repito lo propio;
se termina el incidente.

ENR. Créeme, exento estoy de culpa
en mal que tanto me aqueja...

EDUAR. Tambien hipócrita?

ENR. Deja
que formule mi disculpa.
Con Elisa me casé,
que es un ángel de bondad,
y tierna felicidad
á su lado disfruté.
Pero al fin por suerte negra
mi estrella se nubló al cabo;
la estrella tenía un rabo,
y este rabo era mi suegra.
¿Sabes de lo que es capaz
una suegra?

EDUAR. Dios lo sabe!

ENR. Pues nuestro dulce jarabe
lo convirtió ella en agraz!
Suegra que engendró el averno,
torpe, necia, entrometida,
qué vida, chico, qué vida!...
qué infierno, chico, qué infierno!

Lejos de mi hogar busqué
el ángel que ambicionaba
y la mujer que buscaba...

EDUAR. La encontraste?

ENR. Así pensé.
Mas pronto me convencí
de mi destino nefando,
y otro ángel seguí buscando!

EDUAR. Lo encontraste?

ENR. Tal creí!
Mas como la vez postrera
comprendí pronto mi error,
busqué otra con nuevo ardor,
y me engañó la tercera.
Y al precipicio bajando...
porque ya es el precipicio,
me tienes aquí por vicio
buscando, siempre buscando!...

EDUAR. Mas la suerte no te abona.

ENR. No es tan vana mi pesquisa.

EDUAR. ¿Encontraste ya?

ENR. Otra Elisa;
viuda... la chica más mona!...
Un serafin por lo bella.

EDUAR. Y te ama? Á un hombre casado!

ENR. Todo está bien calculado;
soy soltero para ella.

DUAR. Ah!

ENR. Me supones tan ciego?

EDUAR. No más...

ENR. Deja que me explique.
Troqué mi nombre de Enrique
por otro; el de ese gallego
mi criado: Curro Palomo.
Para todas las mujeres
soy Curro.

EDUAR. Quiá! No! Tú eres
un pillo de tomo y lomo.

ENR. Francisco, que está en el ajo
y que por mí se desvive,
es quien las cartas recibe;
así sin ningun trabajo...

EDUAR. Pues!
ENR. Consigo mi deseo.
Tengo yo mucho de aquí.
EDUAR. De veras? Pues ay de tí
si interceptan el correo.
ENR. Aunque de ruda corteza
no conoce la falsía,
pero en cambio cada dia
me trata con más franqueza.
EDUAR. Hola!
ENR. Sí; de igual á igual,
estando solos, se porta.
Como el servicio me importa,
callo y sufro á ese animal.
EDUAR. Y tu esposa?
ENR. Su candor
me avergüenza, ya lo sé;
y en tales casos...
EDUAR. Qué?
ENR. Qué?
¡Me porto mucho peor!
¡Horrible fatalidad!
¿Pues y mentir? ¡Qué tormento!
Miento; y sin saber que miento,
nunca digo la verdad.
EDUAR. Pero hablando de otro asunto;
tu epístola recibí.
ENR. Traes los fondos?
EDUAR. No creí
que fuesen hasta ese punto
necesarios.
ENR. Pero chico!
EDUAR. Realicé una operacion
y dió la bolsa un bajon,
un bajon que no me explico.
ENR. No importa; preciso es ya
que aquella suma me abones.
Me hace falta, y...
EDUAR. Los cupones
tuvieron la culpa. Bah!
Un nuevo plazo no es cosa...
ENR. Imposible.

EDUAR. Tres mil duros
no han de sacarte de apuros.
ENR. Pero... Silencio, mi esposa.

ESCENA VI.

DICHOS, ELISA.

ELISA. Felices. Hola, Eduardito.
EDUAR. Á los piés de usted, señora.
ELISA. (Á Enrique.) Aquí tú? Cuánto me alegro?
ENR. Gracias. (Ap. á Eduardo.) (Ves qué cariñosa?)
¿Qué quieres, ídolo mio?
ELISA. (Bajo á Enrique y pellizcándole en el brazo.)
¡Pérfido!
ENR. (¡Zape!)
ELISA. (Á Enrique.) ¿Á qué hora
se recogió usted anoche?
EDUAR. Qué es eso?
ENR. Nada; mi esposa
que... que tiene la costumbre
de abrazarme y... Vamos, tonta!
Eduardo es de confianza.
¡Como la pobre es tan corta,
no se atreve!
EDUAR. Entre casados...
ENR. Lo que yo digo; son cosas
naturales.
ELISA. (¡Habrá tuno!)
ENR. (Á Eduardo.) Con tu permiso. (Abraza á Elisa.)
ELISA. (Dándole un pisoton.) (Sí? Toma
abrazos!)
ENR. ¡Aprieta! (Dando un grito de dolor.)
EDUAR. Eh?
ENR. Digo
que apriete; aprieta, pichona!
(Me ha deshecho un dedo!)
EDUAR. Envidio
expansiones tan dichosas.
ENR. (Cojeando.) Las escenas de familia
siempre son conmovedoras.
EDUAR. La felicidad no puede

vivir oculta.

ENR. Quiá! Asoma
hasta por los piés!

ELISA. Hablemos
de asunto que más importa.
Mi tio viene á Madrid.

ENR. Tu tio? Cuándo?

ELISA. No logra
adivinar mi razon...
Su carta, que acabo ahora
de recibír, ha tardado
desde Albacete... ¡Esto asombra!
¡Dos meses! Mira la fecha. (Dándole la carta.)

ENR. Justos! Dos!

EDUAR. Bah! Pues fué floja
la tardanza.

ENR. (Mirando los timbres del sobre.) Á ver, á ver!
¡Si recorrió media Europa!
(Leyendo los timbres.)
«Albacete, Perpiñan,
Lérida, Coimbra, Lisboa,
Cádiz, Búrgos, Mataró,
Cuenca, Tetuan, Zamora,
Ciempozuelos y Madrid.»
¡Qué gran servicio de postas!
¡Si sabrán los empleados
geografía!

ELISA. Pues no es sola
esa visita: ademas
de mi tio, otra persona
tengo hoy convidada en casa.

ENR. Quién?

ELISA. Aquella que en Pamplona
vimos mamá y yo.

ENR. Tu amiga
de colegio?

ELISA. Sí.

ENR. La polla
de quien me hablaste? María...
¿Y es guapa?

ELISA. ¿Á tí qué te importa?

ENR. Nada! Lo digo por este.

EDUAR. Por mí?
ENR. Claro! ¿No nos honras
quedándote hoy á almorzar?
Si es linda, ménos monótonas
se te harán las horas.
EDUAR. ¿Yo?
¿Que yo me quedo?...
ENR. ¡Esta es otra!
¿Lo olvidaste, mal amigo?
(¡Torpe!) (Bajo á Eduardo.)
EDUAR. Ah, sí! Ya hago memoria.
(Qué manera de mentir!)
ENR. ¡Si vieras cuánto se goza
comiendo en familia! Al lado
de un amigo, de una esposa
idolatrada, de un...
¡Oh! Comer así es la gloria!
EDUAR. (Angelito.)
ENR. En tal momento
el alma. . Vamos, se esponja!
EDUAR. Mucho!
ENR. (Y se crispan los nervios
y revienta uno de cólera!)
EDUAR. Pues con permiso de ustedes...
ENR. Te marchas? Ven sin demora;
ya sabes que aquí el almuerzo
se sirve á las doce.
EDUAR. Pronta
será mi vuelta; hasta luégo.
Elisita...
ELISA. Adios. (Qué cócora.)

ESCENA VII.

ENRIQUE, ELISA.

Elisa se sienta en un estremo del teatro. Enrique lee para sí la carta que aun conserva.

ENR. Conque es decir, que tu tio
debe sin duda llegar
de un momento á otro? ¿Estás muda?

ELISA. Estoy... como quiero!

ENR. Ya!
Del pellizco que aun me escuece
es la lógica mordaz.

ELISA. (Levantándose.) Castigo más doloroso
merece tu deslealtad.

ENR. ¡Qué horror! Cuando en la Península
no existe un marido igual!

ELISA. Dónde estuvo usted anoche?

ENR. Á... noche?

ELISA. Anoche!

ENR. En el Real.

ELISA. Cierto.
Y duró la funcion
hasta la hora de almorzar!

ENR. No, mujer! Pero y la cena!
Despues se cena!

ELISA. Cabal.

ENR. La ópera abre el apetito.
Como allí todo es echar
aire, se queda el estómago
muerto de debilidad.

ELISA. ¡Enrique, á tu esposa engañas!

ENR. Yo? Jamás, jamás, jamás.

ELISA. Si alguna prueba tuviese
de tan inícua maldad...

ENR. Entónces... (Dios nos asista.)
Bueno que con torva faz
fulminases contra mí
todo un terrible huracan.
¿Pero en tanto no haya pruebas,
á qué viene sospechar?
¡Vamos, Elisa!...

ELISA. Si juras
enmendarte...

ENR. (Bueno va.)
Lo juro aunque pecador
no soy.

ELISA. Perdon general!

ENR. Eres un ángel, un ángel!
(Y á mí me deben colgar.)

ELISA. Adios: por si llega el tio

voy mis órdenes á dar.

ESCENA VIII.

ENRIQUE.

Qué bien dijo aquel que dijo
que el hombre es un animal!
Nada, y no hay que darle vueltas!
La culpa la tuvo Adan. (Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

D. SEVERO, JUANA, CURRO.

JUANA. Avisaré á la señora.
CURRO. Y al señorito tambien.
SEV. Aguarda, aguarda un momento.
(Me conviene ántes de ver
á la familia, y supuesto
que la ocasion esta vez
se presenta, averiguar...)
Acércate. (Á Juana.)
JUANA. Mande usted.
SEV. Con franqueza; mi sobrina
y su esposo...
JUANA. Vamos, qué?
SEV. Viven felices? Se quieren?
JUANA. ¡Mucho! Pero como él
es así... algo calavera,
y ella tiene el genio... pues!
hay riña de vez en cuando
por si fué ó por si no fué.
Y tal cosa se repite
en la semana unos seis
ó siete dias, el resto
no hay aquí ningun belen.
SEV. El resto? (Cuál será el resto?)
Bueno, bueno, márchate
y avisa.
JUANA. Volando. (Váse por la izquierda.)
SEV. (Llamando á Curro.) Pchist.

(Confrontaré el parecer.)
CURRO. Mande usía.
SEV. Tú eres franco?
CURRO. Yo soy varon como usted.
SEV. Digo si hablas con franqueza.
CURRO. Ah! Vamos, me figuré
que si era un sello!
SEV. (Habrá bárbaro!)
CURRO. Pero en franqueza, no hay quien
me aventaje.
SEV. No? Veamos.
Tus amos se llevan bien?
CURRO. (Alerta, Curro.) Lo mismo
que dos pichones.
SEV. Sí, eh?
CURRO. Sobre todo el señorito
es un pozo de honradez.
Idolatra á la señora,
nunca hace ningun pastel.
SEV. Y no hay riñas ni disgustos.
CURRO. ¿En casa? ¡No puede ser!
Si entrambos viven en una
perpétua luna de miel!
SEV. (Bah! Pues en sus opiniones
concuerdan los dos á fe!
Ahora ya no tengo duda
que son marido y mujer.)
Corriente, avisa á tu amo.
CURRO. (Este viejo... lo calé,
es un zorro, pero yo
valgo lo ménos por tres.)
(Váse por la derecha.)

ESCENA X.

D. SEVERO, luégo ELISA.

SEV. Ella que se llevan mal
y este que se llevan bien.
Luego tanto miente ella
como puede mentir él.
Yo he de descubrir lo cierto.

Lo cierto descubriré,
pues no hay enredo ni trama
que á mí me pueda envolver;
en fin, me llaman Cardona,
conque figúrese usted! ..

ELISA. Tio!

SEV. Sobrina querida!
Un abrazo!

ELISA. Qué placer!

SEV. Créelo, el volverte á ver
me da diez años de vida.
¡Estás muy guapa! ¡Qué airoso
talle! Es el de un serafin.

ELISA. Tio!

SEV. ¡Y qué boquita!... En fin,
le tengo envidia á tu esposo.
Chiquita, yo soy así.
Siempre digo lo que siento.
La franqueza es mi elemento.
¿Y tu marido?

ESCENA XI.

DICHOS, ENRIQUE.

ENR. Héme aquí.

SEV. Aprieta por Belcebú, (Abrazándole.
que abrazarte es mi deseo!
(Despues de examinarle.)
Es feo; vaya si es feo!
Mucho más feo que tú!

ELISA. El cuarto está preparado,
y si descansar desea....

SEV. Un poco, el tren me marea.

ELISA. Pues venga por este lado.

SEV. Hasta la hora de comer
quiero un rato sosegar.

ELISA. Voy el camino á mostrar.

SEV. Sobrinito, hasta más ver.
(Vánse por la segunda puerta derecha.)

ESCENA XII.

ENRIQUE, CURRO.

CURRO. (Asomando la cabeza por la puerta del foro.)
Está usted solo?
ENR. Adelante.
CURRO. (Despues de mirar á todos lados.)
Yo siempre sobre la pista.
Hoy me he encontrado en la lista
esta carta insinuante! (Dándosela.)
ENR. Chist! Dame!
CURRO. La condenada
echa un endiablado olor.
ENR. (De Elisa!) (Viendo el sobre.)
CURRO. Y no es lo peor
que esta venga perfumada,
sino que contagia el pisto
maldito de cada esquela.
¡Como mi mujer me huela,
se arma la de Dios es Cristo!
Por eso será prudente
escribirla con urgencia,
y que en la correspondencia
no use ningun ingrediente.
Y hablo con sinceridad,
porque al darme tal oficio,
dijo usted: es un servicio
que exíjo de tu amistad.
Y como me hirió derecho
en mi flaco más sensible,
aunque parezca increible
el tratado quedó hecho.
ENR. (Que sufra simplezas tales!)
Bueno; tranquilo reposa.
CURRO. Y hablando ahora de otra cosa,
deme usted cuarenta reales.
ENR. ¿Cuarenta?...
CURRO. Para un sombrero.
El que tengo es un horror!

ENR. Ahí van dos duros. (Señor,
este hombre es un bandolero.)
CURRO. Es usted más campechano
y más... ¡Que venga ahora el tio
á sonsacarme!
ENR. ¡Dios mio!
¿Qué dices?
CURRO. Vaya un habano!
(Le ofrece un cigarro y enciende otro.)
ENR. ¿Un habano? ¡Qué derroche!
CURRO. No! Nunca habanos compré.
ENR. Pues y estos?
CURRO. Los encontré
sobre su mesa de noche.
ENR. ¡Mis cigarros!
CURRO. Digo, digo!
ENR. Así confiesas tu daño?
CURRO. ¿Pero qué tiene de extraño?
¡Tratándose de un amigo!...
(Se sienta en una butaca.)
ENR. (Paciencia Cristo me dé
para no echarlo á rodar.)
CURRO. ¡Quererme á mí sonsacar!
ENR. Pero qué ha ocurrido?
CURRO. Qué?
Su tio, con cierta maña,
me preguntó hace un instante
si es el sobrino un tunante,
ó si engaña ó si no engaña
á su mujer.
ENR. Se entretiene
en averiguar lo ajeno!
CURRO. Pero mi informe fué bueno.
Yo miento cuando conviene.
Puede usted tranquilo estar.
Por mí ninguno adivina...
(Tosiendo.)
¡Ay chico, qué tagarnina!
No me quiero envenenar! (Tira el cigarro.)
Compre tabaco más caro,
se arroja el pulmon así!
Y no lo digo por mí,

sino por usted.
ENR. ¡Está claro!
CURRO. Conque ó me manda ó me voy.
ENR. Vete; no te necesito.
CURRO. (Oliendo su chaqueta.)
¡Diablo con el olorcito!
Esto es insufrible hoy!
Pero yo iré cada dia
á la lista, y sacaré...
Ah! No satisfaga usté
el porte: eso es cosa mia!

ESCENA XIII.

ENRIQUE.

¿Puede darse más cinismo?
Yo no debo tolerar!...
Como me voy á zafar
es rompiéndole el bautismo!
Pero el tiempo no perdamos,
pues me brinda la ocasion.
(Va á abrir la carta y se detiene.)
¿Por qué seré tan bribon?
Es de familia. Leamos.
(Leyendo.) «Alma querida
»de mis amores.
»Mi bien, mi vida...»
—Eche usted flores! —
«Hoy por tí aumenta
»mi devaneo,
»y en todas partes,
»Curro, te veo.
»Te amo sin tasa:
»no vengas hoy,
»porque en mi casa,
»Curro, no estoy.
»Y aun cuando verte
»es mi deseo,
»en todas partes,
»Curro, te veo.
»Una amiguita

»recien casada
»es quien me invita;
»no temas nada.»
—¡Cómo!—«En tu ausencia
»mi afan preveo,
»que en todos partes,
»Curro, te veo.
»Este verano
»la hablé en Pamplona...»
—Dios soberano!—
«Y aunque es muy mona,
»no es ella, Curro,
»no es mi recreo,
»que en todas partes,
»Curro, te veo.
»Se llama...»—Calle!
Mi esposa cita!—
«Elisa Valle!»
—¡Suerte maldita!—
«Adios: que sueñas
»conmigo creo.
»¡Curro, te veo!»
—Tambien te veo!—
¡Coincidencia criminal!
Yo cien veces te maldigo!
Vamos, el mismo enemigo
no hubiera hecho cosa igual.
¡Es claro! Elisa, María!
María dijo mi esposa
y... La suerte caprichosa
se conjura en contra mia.

ESCENA XIV.

DICHO y EDUARDO.

EDUAR. Malhaya quien pone el pie
en la calle!
ENR. Tú? Lo alabo.
EDUAR. (Mostrando la levita con un gran giron.)
Mira, esta hazaña es de un clavo
con el que ahora me enganché.

ENR. ¡Qué atrocidad! Al instante
la puede Juana zurcir.
EDUAR. Oh! No debo consentir.
ENR. Una puntada es bastante.
Trae. (Quitándosela.)
EDUAR. Pero chico!
ENR. Se trata
de que la puedas llevar.
EDUAR. Bien; me voy á constipar
ENR. Mientras échate mi bata.
(Eduardo se pone la bata: Enrique llama y se presenta Curro.)
EDUAR. Corriente, si la criadita
es tan amable...
CURRO. (Saliendo.) Señor.
ENR. Dí á Juana que con primor
zurza á escape esta levita. (Váse Curro.)
Y ahora escucha!
EDUAR. Tal afan!
ENR. ¡Cómo salvarme no sé!
EDUAR. Pero qué te pasa?
ENR. Qué?
Que estamos sobre un volcan!
EDUAR. ¡Diablo!
ENR. Que de un cataclismo
esta casa se va á hundir.
Que no sé cómo salir
airoso del embolismo!
Toma la carta fatal
que moverá un somaten.
EDUAR. (Despues de leer.)
¡Diablo, me parece bien!
ENR. Á mí me parece mal.
EDUAR. Pues no sirve hacerse el sordo.
La situacion es muy grave,
porque si tu esposa sabe...
ENR. Cataplun! El trueno gordo!
EDUAR. Ahí tienes la consecuencia
de tus torpes relaciones.
ENR. Pues suprime los sermones,
que no he de hacer penitencia.
EDUAR. (Prestando atencion.)

Aguarda! Cierto rumor
me ha parecido escuchar.

ENR. ¡Cristo! Corro á envalijar
mis efectos al vapor.

MARIA. (Dentro.) No, no pase usted recado.

ENR. Esa voz!...

MARIA. (Apareciendo.) Yo soy de casa.

ENR. (Es ella! Fatalidad!)

ESCENA XV.

DICHOS, MARÍA.

MARIA. Señores...

ENR. (Estoy en ascuas.)

MARIA. (Viendo á Enrique.)
¡Calle! Usted aquí?

ENR. ¿Qué miro?
Y Usted tambien?

MARIA. No esperaba
hallarle.

ENR. Ni yo tampoco.

MARIA. Mas ya caigo.

ENR. (No me salva
la Caridad.)

MARIA. Es usted
amigo de...

ENR. Justo! (Salga
el sol por...) Sí, soy amigo.

EDUAR. (Bajo á Enrique.) ¿Qué dicés, chico?

ENR. (Id. á Eduardo.) Chist! Calla!
íntimo amigo; Elisita,
con tal afecto me trata!

MARIA. De veras?

ENR. Oh! Y su marido
tambien me distingue... Vaya!

MARIA. ¿Usted? (Á Eduardo.)

EDUAR. ¿Yo?

ENR. Cabal, el mismo.

EDUAR. (Á Enrique.) Pero chico! Esto faltaba!

ENR. (Presentándole.) Don Enrique Montalvan.

MARIA. Muy señor mio.

EDUAR. (Me pasma
tanto descaro!)
MARIA. Y Elisa?
EDUAR. E...
ENR. (Á Eduardo.) (Disimula.)
EDUAR. Bien, gracias.
MARIA. Ha salido?
EDUAR. Está allá dentro.
ENR. Voy á anunciar su llegada.
MARIA. (Bajo á Enrique.)
(Quédate.)
ENR. (Deteniéndose.) (¡Me clavó!)
EDUAR. (Poniéndose el sombrero.) Abur!
ENR. ¡Cómo! ¿Te marchas de bata?
EDUAR. (Mirándose.)
¡Demonio!
ENR. (Á Eduardo.) (No me abandones.
EDUAR. (Id. á Enrique.)
Pues yo no sigo la farsa.
ENR. (Id.) Pero quieres que se hunda
el firmamento? Ten calma
y salgamos del apuro.)
(Alto á María.)
Oh! Si es lo más tarambana!
EDUAR. (Tambien eso?)
ENR. ¡Se distrae
de un modo!... Á veces se planta
en la calle en calzoncillos.
MARIA. ¿Y usted de tales patrañas
no se venga?
EDUAR. Es muy bromista!
MARIA. Lo mismo sucede en casa;
Curro siempre está de broma.
EDUAR. ¿Curro?
ENR. Pues! Yo!... (Santa Bárbara!)
EDUAR. Ah, sí! Currito! Ya caigo!
ENR. (Y no se hunde la sala!)
MARIA. Allá le queremos mucho!
Casi todas las veladas
nos honra con su asistencia,
y reina tal confianza
en la reunion!...

EDUAR. Hay reunion ¿muy á menudo?
MARIA. Diaria.
EDUAR. Magnífico! ¿Es numerosa?
MARIA. No señor; yo y mi criada.
EDUAR. (Canario con la reunion!)
MARIA. Allí se juega, se baila...
Maneja Curro con una
habilidad la guitarra!
No es cierto?
ENR. Sí; digo, no.
MARIA. Calle usted! Que en la *tirana*
no podemos dominar
la impresion que nos ataca.
ENR. (Á mí sí que va á atacarme
la fiebre si no te marchas.)
EDUAR. Y usté es amiga de Elisa?
MARIA. Juntas fuimos educadas
y niñas nos separaron.
Ella en Madrid habitaba,
y yo me fuí con papá
á un pueblo de la Alpujarra.
Allí conocí á mi esposo ..
¡Pobrecito! De Dios haya...
¡Murió mi padre! Murió
mi marido... ¡Quién pensára!
Murió... Ya no murió nadie.
EDUAR. No murió nadie? (Qué lástima!)
MARIA. Entónces... hace año y medio,
cabal... pero cómo pasa
el tiempo! Á Madrid me vine
triste, sola, abandonada.
Cuando há tres meses, cabal,
estábamos de jornada
en Pamplona, tropecé
con Elisa una mañana.
Ya sabe usted: su mamá
quiso que la temporada
pasase á su lado...
EDUAR. Sí.
MARIA. Pues bien: yo la di palabra
de visitarla en Madrid,
y hoy acudo á visitarla.

(Mirando á la izquierda.)
¡Pero aquí está! Amiga mia!...

ESCENA XVI.

DICHOS, ELISA.

EDUAR. (¡Cielos!)
ENR. (Mi mujer! Ya escampa!)
ELISA. ¡María! Cuánto me alegro!
MARIA. Te encuentro mucho mejor;
más gruesa y más...
ENR. (Una frase
desenreda la cuestion.)
EDUAR. (Yo nada pierdo y estoy
como un pollo de sudor.)
ELISA. Te presentaré á mi Enrique.
ENR. (Rápidamente.)
No hace falta. Acabo yo
de hacerlo.
MARIA. (Mirando á Eduardo.) Sí! Es un buen mozo!
ENR. Gracias por la adulacion!...
(Á Eduardo.) Dí algo.
EDUAR. Pues digo... (Qué digo?)
Digo que... que hace un calor...
ELISA. Calor en Diciembre?—Usted
los memoriales perdió.
MARIA. (A Enrique.) (¿Le habla de usted?)
ENR. (Á María.) Sí! Han tenido
una agarrada feroz
y aún colea.) (Debo haber
mudado todo el color.)
ELISA. (Á Eduardo.) Usted muy bien que se abriga.
EDUAR. Es que me hice un desgarron
en la levita...
ENR. Á propósito:
corro á ver si terminó
Juana.
EDUAR. Magnífica idea!
MARIA. (Á Enrique.) Volverás pronto, pichon?
ENR. (Á María.) Sí! (Las espaldas.)
MARIA. (Á Enrique.) No tardes.

EDUAR. Hasta luégo.
ENR. Adios.
ELISA. Adios.
ENR. (Á Eduardo.) Ven: nos conviene escuchar
toda su conversacion.
(Se dirigen al foro, y sin que lo noten penetran en el segundo cuarto derecha.)

ESCENA XVII.

MARÍA, ELISA.

ELISA. Ahora siéntate á mi lado
y hablemos con la alegría
de nuestra niñez. ¡María,
qué tiempo el tiempo pasado!
(Se sientan en el sofá.)
Al mirarte junto á mí,
aquellos años de gloria
renacen en la memoria,
no es verdad?
MARIA. Mucho que sí.
ELISA. Conque tú enviudaste?
MARIA. ¡Ah!
Al pensarlo me contristo!
¿Dónde hallaré otro Calixto?
ELISA. Aún eres muy jóven.
MARIA. Ya.
Pero de aquel bien que lloro
no puede copia existir.
Era... lo debo decir!
Era Calixto un tesoro!
ELISA. Tan terribles desengaños
el tiempo borra y no más.
MARIA. ¡No le olvidaré jamás!
ELISA. Murió jóven?
MARIA. Setenta años!
ELISA. Ya era talludito.
MARIA. Oh!
Pero se mantuvo fuerte
hasta la hora de la muerte!
ELISA. De veras?

MARIA. ¡Pues no que no!
Hablemos de tu marido.
¿Es bueno?
ELISA. Como una viña.
MARIA. Dime; y por qué fué la riña
de hace poco?
ELISA. Ah! Tú has sabido!...
MARIA. El otro me lo indicó...
ELISA. Sí! Ya caigo: su constante
amigo... no es mal tunante!
MARIA. Cómo?
ELISA. Él me le pervirtió.
MARIA. ¡Cielos! Habla por piedad!
ELISA. ¡Qué fuego! Qué agitacion!
MARIA. Conque ese hombre es un bribon?
¡Cómo está la sociedad!
ELISA. Pero en fin...
MARIA. (Ya es conveniente
decirla.) Si tú supieras!
Ese hombre es mi amor.
ELISA. De veras?
MARIA. Hasta la pared de enfrente!
ELISA. Me sorprende la noticia!
MARIA. Si es un tuno en el sentido
de engañarme, le divido!
Ó hay justicia ó no hay justicia.
ELISA. Casualidad más extraña!
MARIA. Ya que turbó mi reposo
no hay remedio: ó es mi esposo
sin vacilar, ó arde España!
He de luchar con denuedo!
Cedo riquezas, honores,
cedo las dichas mayores!
Un marido no lo cedo.
Sólo la muerte impedir
podrá el enlace oportuno.
De Dios abajo, ninguno!
No tengo más que decir.

ESCENA XVIII.

DICHAS, D. SEVERO.

SEV. ¡Reniego de los colchones!
Esa cama es de granito.
¡Qué cama, señor!
MARIA. (Á Elisa.) Quién es
este viejo?...
ELISA. (Á María.) Este? Mi tio.
SEV. Á los piés de usted.
ELISA. (Presentándola.) Elisa,
María Huerta y Tomillo.
MARIA. Servidora.
ELISA. (Id.) Don Severo
del Peral.
MARIA. Muy señor mio.
SEV. Estimando. (Es guapa chica.)
MARIA. (No me disgusta su físico.)
ELISA. Conque la cama...
SEV. Infernal!
ELISA. Cambiarla será preciso.
Curro es quien tiene la culpa
de semejante descuido.
Fregó el suelo esta mañana
y trabajar más no quiso.
MARIA. (Friega aquí el suelo mi novio!)
ELISA. ¡Llevará su merecido!
SEV. Y usted es madrileña?
MARIA. No.
Yo nací en Vitigudino.
SEV. Gran país.
MARIA. Pero en la córte
me educaron, y aquí vivo.
SEV. Con su mamá?
MARIA. ¡Pobrecita!
SEV. Murió?
MARIA. De un grano maligno.
SEV. Al ménos tendrá usted padre.
MARIA. ¡Ay, Dios! Nunca le he tenido!
SEV. Que no ha tenido usted padre?
MARIA. Que dejó este mundo pícaro,

quiero decir.

SEV. Qué desgracia!

MARIA. Sí, señor, usted lo ha dicho.

SEV. Entónces vivirá usted
con algun tierno hermanito.

MARIA. Ay, tampoco! Aquella cepa
no dió más que este racimo.

SEV. Entónces es usté un hongo,
señora.

MARIA. Casi lo mismo.

SEV. Tan jóven! Y cómo no
ha pescado usted marido?

MARIA. ¡Ay, caballero, si soy
viuda!

SEV. Vi... (Jesucristo!
pues no enterró que digamos
mucha tropa el angelito!)

CURRO. (Por el foro.)
Cuando los señores quieran
el almuerzo está servido. (Váse.)

ELISA. Vamos, vamos á almorzar.

SEV. (Ofreciendo el brazo á María.)
Apóyese usted.

MARIA. (Qué fino!)

ELISA. (Apoyándose en el otro.)
Y yo en este.

SEV. Ya soy jarra.
Al verme así me horrorizo!

ELISA. Por qué?

SEV. Porque me parece
que aún existe el basilisco
de mi mujer.

MARIA. (Es viudo.)

ELISA. Quien piensa en eso!

SEV. Dios mio!
Que yo no la vuelva á ver
ni áun en el dia del juicio! (Vánse.)

ESCENA XIX.

EDUARDO, ENRIQUE.

EDUAR. ¡Del almuerzo no disfruto!

Me marcho! Yo estoy febril!
ENR. Y yo tengo cuatro mil
pulsaciones por minuto.
EDUAR. Á juzgar por su talante
te va á mover esa arpía
el gran tiberio!
ENR. ¡Y la mia
dice que eres un tunante.
EDUAR. Para la otra yo soy tú.
ENR. Y yo soy tú para esta.
EDUAR. Cuando se aclare la fiesta
habrá la de Belcebú!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ELISA.

ELISA. ¿Van á hacerse de rogar?
Que el almuerzo está servido.
(Se coge del brazo de Enrique.)
ENR. Bien, pichona! (Soy perdido!)
EDUAR. (¡Cristo! La que se va á armar!
(Vánse por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, MARÍA.

ELISA. Esto es atroz! inaudito!
Marcharse sin más ni más
despreciando nuestro almuerzo!
MARIA. ¿Pero quieres explicar
lo que ha ocurrido?
ELISA. ¡Un escándalo!
Que mi esposo y el truhan
de su amigo, en el instante
de dejarme en el umbral
del comedor, me saludan,
vuelven la espalda y se van.
MARIA. Pero dónde?
ELISA. Qué sé yo!
Vaya usted á adivinar.
MARIA. Sospechas de tu marido?
ELISA. Aunque le creo capaz
de todo, en tales intrigas
desempeña el principal
papel tu novio.
MARIA. Es posible?

ELISA. Y si no quieres pasar
plaza de prima, desiste
de ser su esposa.

MARIA. Jamás.

ELISA. Aún le quieres?

MARIA. Mi pasion
es de tamaña entidad,
que en vano aunque me empeñára
la podría subyugar.

ELISA. Y si es un tuno?

MARIA. En casándose
será fiel á su mitad.

ELISA. Los hombres son unas fieras!

MARIA. Pero si á domesticar
se llegan, no hay otro ser
de tan buena calidad.

ELISA. Y quién tal milagro alcanza?

MARIA. La que sabe dominar
su carácter, la que á fuerza
de astucia y serenidad,
con celos vence al celoso,
con halagos al truhan,
con melindres al soberbio,
con dengues al montaraz,
con pellizcos al impío,
y si deshauciado ya
por indomable, no ceja,
en las uñas está el plan.
Yo le apliqué á mi difunto
ántes de su enfermedad...

ELISA. Esos son paños calientes
que no sirven.

MARIA. Ademas,
yo todavía no tengo
pruebas de su liviandad.
Porque no almuerzan en casa
nos vamos á figurar!...
Tendrían alguna cita.

ELISA. Justo! Cita criminal!

ESCENA II.

DICHAS, D. SEVERO.

SEV. ¿Se almuerza ó no en esta casa?
Llevo esperando dos horas.
ELISA. ¡Yo no almuerzo!
SEV. Por qué lloras?
Pero qué demonios pasa?
MARIA. Elisa que ve visiones
y se aflige sin motivo.
SEV. Pues cuidado, que es nocivo
sufrir tales impresiones.
ELISA. Causas de más entidad
corroboran mi sospecha.
SEV. Si me pones en la brecha
descubriré la verdad.
Pues ni carezco de maña
ni torpe en enredos soy;
casi advinando voy
que tu marido te engaña.
ELISA. Claro! Cualquiera lo nota.
SEV. Calma y obremos con tino,
pues si erramos el camino
no descubriremos jota.
¿En qué se funda tu antojo?
¿Qué pruebas hay de sus vicios?
ELISA. Tengo vehementes indicios
que como pruebas acojo.
SEV. Bien hecho: es lo racional.
En esta grave cuestion,
yo siempre soy de opinion
que se debe pensar mal.
Ya sé que cada semana
teneis treinta peloteras.
ELISA. ¿De veras?
SEV. Y tan de veras!
ELISA. Cierto.
SEV. (No me engañó Juana.)
Se recoge tarde?
ELISA. Pues

SEV. Y anda siempre distraido?
ELISA. Siempre.
SEV. Y ha disminuido
su cariñoso interés?
ELISA. Su indiferencia es patente
SEV. Trasnochador, egoista...
Ya estamos sobre la pista.
En cuanto aquí se presente,
le exigiré á fuer de tio
una explicacion rotunda,
y veremos en qué funda
su reiterado desvío.
ELISA. Sepa usted que aunque le arguyo
como esposo engañador,
en delito tan traidor
no todo el pecado es suyo.
Su amigo es quien le pervierte.
SEV. Hola! Conque hay un amigo?
ELISA. De sus infamias testigo
y cómplice.
MARÍA. Pero advierte...
SEV. Conque hay amigo?
ELISA. Y qué hacer?
SEV. Plan de ataque: has registrado
su ropa?
ELISA. Nunca he pensado...
SEV. ¿Nunca? Oh sublime mujer!
ELISA. Mas si usted juzga oportuno
el registro...
SEV. No que no!
Con esa táctica yo
he pescado á más de uno.
Á veces en un bolsillo
se encuentra la salvacion.
ELISA. Pues voy á su habitacion.
SEV. Es un método sencillo.
ELISA. Acompáñame, María.
SEV. Juntos iremos los tres,
que nuestro triple interés
es la mejor policía.
MARIA. No desoigas mi consejo
y de tus planes desiste.

ELISA. Y quién con calma resiste
la duda?
MARIA Si hoy en mi espejo
te miráras, puede ser
que optases por la templanza.
Nunca la desconfianza
cegar debe á la mujer.
Tú dudas, yo en santa calma
tranquila y serena vivo.
Tú le culpas sin motivo,
fe profunda hay en mi alma!
¡Sobre todo sentir fe!
No seguir errada huella.
Si hay crímen se le degüella!
mientras, nada: *verdá usté?* (Á Severo.)
SEV. (Me admira el gran corazon
que al hablar así denota.)
ELISA. Acabemos! Está rota
toda capitulacion. (Vánse por la derecha.)

ESCENA III.

EDUARDO, ENRIQUE.

Aquel de bata y sombrero de copa. Salen por el foro muy agitados. Eduardo se sienta en una butaca y se hace aire con el sombrero. Enrique se sienta en otra y hace lo mismo son el pañuelo. Despues se miran y echan á reir.

EDUAR. Vive Dios que hemos pasado
un rato muy divertido.
ENR. Já, já, já.
EDUAR. Y aún tienes ganas
de reir?
ENR. Dispensa, chico;
pero al recordar el lance,
que quieres, me desternillo!
EDUAR. Ni se me ocurrió siquiera
tomar un coche
ENR. Lo mismo
me sucedió; como locos
medio Madrid recorrimos,
siendo—es decir—siendo tú

de las gentes el ludibrio!
EDUAR. Y al fin de nuestra carrera,
tornamos al propio sitio.
ENR. Es verdad! Esta es mi casa.
EDUAR. No lo habías advertido?
ENR. Chist? Silencio! Nos conviene
observar al enemigo.
(Despues de escuchar por varias puertas.)
Completa quietud.
EDUAR. Á veces
no es la calma el mejor signo.
ENR. Es mucha verdad. ¿Qué opinas?
Habrán descubierto...
EDUAR. Opino
que me marcho y que no vuelvo
á tu casa en veinte siglos.
ENR. Qué oigo? Me abandonas?
EDUAR. Sí.
ENR. Como te quedes, transijo
y te otorgo el nuevo plazo
para el pago del piquillo...
De otro modo no hay tu tia.
EDUAR. Pero á mí quién me ha metido
en esto?
ENR. Toma! ¿Y á mí?
EDUAR. Si no hubieses sido un pillo!
ENR. No tal, es enfermedad,
cuántas veces te lo he dicho?
EDUAR. Conque engañar á su esposa
es enfermedad?
ENR. Repito
que mi suegra fué el orígen...
Si estuviese aquí, te afirmo
que sobrarían pendencias,
lloverían laberintos;
pues para estar entre locos
esa señora ha nacido.
Por fortuna no reside
en Madrid.
EDUAR. (Yendo á la izquierda.) Si con sigilo
pudiésemos observar...
ENR. (Id. al fondo.) No advierto ningun indicio.

ESCENA IV.

DICHOS, D. SEVERO.

SEV. (Enrique; no me engañó
de su acento el eco fiel.)
ENR. (Volviéndose.) ¡Esta ansiedad es cruel!
(Cristo! El tio.)
SEV. (Se turbó.)
¿Ya de vuelta? Caballero!...
(Saludando á Eduardo.)
EDUAR. Servidor.
SEV. Muy señor mio.
ENR. (Á Eduardo.) Ah! Te presento á mi tio.
EDUAR. Tengo el honor...
ENR. Don Severo!
El que aguardábamos hoy.
SEV. (Á Enrique.) (Quién es?) (Señalando á Eduardo.)
ENR. (Á Severo.) Es... es un pariente
antiguo. (Juzgo prudente
ocultarle la...)
SEV. Ya estoy.
ENR. (Á Severo.) Ha llegado esta mañana.
SEV. Y vive aquí segun veo.
EDUAR. (Qué hablarán?)
ENR. Sí. (San Tadeo!)
SEV. Y ha venido...
ENR. De la Habana.
SEV. Un primo?
ENR. Un primo: cabal.
SEV. (Nunca yerro en mi opinion.)
Tengo una satisfaccion
en conocerle. (Á Eduardo.) ¿Y qué tal?
¿Se va descansando?
EDUAR. Qué?
SEV. Estará usted mareado
todavía.
EDUAR. (Le ha contado
nuestra carrera.) Sí á fe.
SEV. Y es usted de allí?
EDUAR. De dónde?

SEV. De allí.
EDUAR. De...
SEV. Pues!
EDUAR. Que si soy
de... de allí?
ENR. (En ascuas estoy.)
Justo; allí nació. (Á Eduardo.) Responde!
EDUAR. (¿Á que otro enredo ha tramado?)
SEV. Aquel clima amigo mio
es atroz.
EDUAR. ¡Mucho! Hace un frio!...
SEV. Eh?
ENR. (Á Eduardo.) (¡Torpe!) (Pellizcándole.)
EDUAR. Me he equivocado!
ENR. Pero hablemos de otro asunto.
EDUAR. (Cogiéndose el brazo.)
(Qué modo de insinuar!...)
SEV. De otro voy pues á tratar,
sobrino, punto por punto.
ENR. De veras?
SEV. Cauto he de ser.
ENR. Hable usted.
SEV. Y comedido.
ENR. Corriente.
SEV. Pues he sabido
que engañas á tu mujer.
ENR. Yo? (Diablo.)
SEV. (En el blanco dí.)
ENR. Tal suposicion no cabe.
SEV. Lo dicho.
ENR. (Todo se sabe.)
SEV. Y la culpa no está en tí.
Tú en el fondo eres un santo.
ENR. El cielo sea testigo.
SEV. Aquí el culpable es tu amigo.
EDUAR. Yo? (¡Caracoles!)
ENR. Y tanto!
(Hace señas á Eduardo para que se calle.)
SEV. Tu amigo te pervirtió.
(Á Eduardo.) Un pillastre sin conciencia.
EDUAR. De veras? (Ya no hay paciencia.)
SEV. Usted le conoce?

ENR. No.
(Á Eduardo.) (Cállate.)—Nunca le ha visto.
SEV. Pues segun me han informado
es un tuno redomado.
ENR. Dice usted bien.
EDUAR. (Vive Cristo!)
SEV. Como aquí ponga los piés
va á correr un buen bromazo.
EDUAR. (Si no fuera por el plazo!)
SEV. Me inspira un gran interés
mi sobrina, y no quisiera
que lo que hoy quizá no pase
de un disgusto, se tornase
en más séria pelotera.
ENR. Pero en fin, ella notó...
SEV. Si prometes fina enmienda,
yo haré porque no trascienda
la cosa.
ENR. Todo estribó
en un capricho fugaz.
SEV. No mientes?
ENR. Nunca mentí!
EDUAR. (Ni por pienso.)
SEV. Siendo así
aún podeis vivir en paz.
ENR. (Respiro.)
SEV. (Con qué talento
averigüé la querella.)
ENR. Luégo supongo que ella
se marcharía al momento.
SEV. Quién?
ENR. Ella! No estará ya
en casa; lo presumí.
SEV. (Tate! Conque estaba aquí?)
Pues es claro! (Quién será?)
ENR. (Se ha marchado! Hora bendita!)
Esposa, esposa hechicera,
yo corro á abrazarte.
EDUAR. Espera.
ENR. Qué quieres?
EDUAR. (Á Enrique.) Qué?—Mi levita!
ENR. Entra en mi despacho; soy

contigo de aquí á un instante.

EDUAR. Mira que no tengo aguante.

ENR. Hasta luégo.

EDUAR. Dentro estoy.

(Vánse Enrique por la puerta izquierda, Eduardo por la segunda puerta derecha.)

ESCENA V.

D. SEVERO, luégo JUANA.

SEV. Es decir que estaba en casa.
Tiene bemoles la intriga!
Seamos cautos; no es el lance
tan claro como lo pintan.
Yo descubriré la trama!

JUANA. (Sale llorando por el foro.)
¡Malhaya la que se fia!
Esto es una iniquidad,
una vileza inaudita!

SEV. Calla! Qué diablos ocurre
que tanto te aflige, chica?

JUANA. Ah! Dispense usted, señor.

SEV. Por qué lloras?

JUANA. Porque hoy dia
no hay *dirnidad* en los hombres
casados!

SEV. Cáspita!

JUANA. Digan
lo que quieran, son ustedes
culebras de campanillas!
¡Quién pensára!

SEV. Pero en fin,
qué es ello?

JUANA. (Dándole una carta.) Es esta *mesiva*
que he encontrado en la chaqueta
de mi esposo.

SEV. ¡Santa Rita!
¿Tu esposo tambien te engaña?
(Es un gusto esta familia.)

JUANA. El sobre á Curro Palomo.
Y una mujer aquí firma.

Es para él, no cabe duda.

SEV. ¡Uf! Cómo huele á botica!

JUANA. Á escape me dió el olor.
Lea usted, lea usted.

SEV. (Leyendo.) «Prenda mia...»

JUANA. Le llama su prenda! ¡Oh cursi!

SEV. «Extrañarás que te escriba
»cuando verte á todas horas
»puedo; cuando aun esta misma
»tarde dos horas pasamos
»en amable compañía.»

JUANA. Dos! Y cuando habla conmigo
siempre el tuno tiene prisa.

SEV. «No lo puedo remediar.
»Esta pasion me domina.
»Á mi marido le amé
»en otro tiempo.»—Ah! La niña
es casada?

JUANA. ¡Habrá sirbanta!

SEV. «Mas hoy tan sólo cenizas
»quedaron de aquel amor,
»te lo jura el alma mia.
»Ya sabes cuánto te adoro.
»Pero deja que repita
»que mi pasion no conoce
»deberes ni gerarquías.
»Adios, Curro, adios, pichon.»

JUANA. Pase, pase las caricias.

SEV. «Disimulo y confianza.
»Tu dueña y esclava... ¡Elisa!»

JUANA. Qué tal?

SEV. ¡Gran Dios! Este nombre!
No hay duda, es de mi sobrina.
(Leyendo.) «Tu dueña y esclava.»—¡Pues!
(La letra se falsifica.)
«Cuando verte á todas horas
puedo.»—Sospecha maldita!
¡Oh! Pero esto es imposible.

JUANA. Á que tiene usted mi misma
idea!—No mienta usted!

SEV. Mentir?—Nunca! Mas no sigas!
Esa sospecha es infame!

JUANA. Cuando se tienen noticias
que apoyan... Pues!
SEV. Sabes algo?
JUANA. Reprendiendo la maldita
pereza de mi marido,
díjome hace poco: risa
me causas; de aquí no pueden
echarme cual tú imaginas.
Aunque él es el señorito
soy yo el amo!
SEV. ¿Eso decía?
JUANA. Y añadió que era un secreto
de estado.
SEV. ¡Calla! No sigas!
(Lo descubrí como siempre,
al primer golpe de vista!)
JUANA. ¡Lo mejor es pensar mal!
SEV. Bien dicho: esa es mi divisa.
Yo averiguaré la trama.
JUANA. Tambien yo!
SEV. Ser mi sobrina
la... ¡Vamos, aunque lo vea
me parecerá mentira!)
(Váse por el foro.)

ESCENA VI.

JUANA, luégo CURRO.

JUANA. En cuanto á ese fementido
de mi cuenta correrá.
¡Que tiemble! Pero aquí está!
CURRO. Dónde diablo te has metido?
JUANA. (Paciencia el cielo me infunda!)
CURRO. No tienes lengua?
JUANA. (¡Perverso!) (Acercándose.)
¡Se va á hundir el universo!
CURRO. Bueno! Por mí que se hunda.
JUANA. Lo sé todo!
CURRO. (Á que me ha olido!)
JUANA. ¿Conque amas á otra mujer?
CURRO. (No lo dije? Es menester

cubrir la honra del marido.)

JUANA. Hoy de tus engaños harta
te voy á sacar los ojos.

CURRO. En qué fundas tus enojos?

JUANA. (Llorando.) ¡En que descubrí la carta!

CURRO. (Alguna del señorito
que olvidada dejaría.)

JUANA. Pues conozco tu falsía,
desollarte necesito.

CURRO. (Salvemos su situacion.)
Bien; pues si no es mas que eso
soy culpable, lo confieso!

JUANA. ¡Y lo confiesa el bribon!

CURRO. No me pude contener.
(Afirmemos su sospecha.)

JUANA. Ah tunante!

CURRO. (De esta hecha
me eternizo en el poder.)

JUANA. Por tu conducta liviana
tus horas aciagas nacen.
He de dejar que me abracen,
haré cuanto me dé gana.
Si alguno me guiña el ojo
no sufrirá mi desvío,
que desde hoy guiñaré el mio
á quien me dicte mi antojo.
Yo seré tu pesadilla,
seré indigna de tu fé. (Váse por la izquierda.

CURRO. Corriente: pues yo seré
quien te rompa una costilla.

ESCENA VII.

CURRO, ENRIQUE por el foro.

ENR. No encuentro á mi esposa bella,
media casa recorrí.
Pero en vano. ¿Estás ahí?

CURRO. Siempre siguiendo la huella!
¡Hay novedades!

ENR Ya estoy.

CURRO. Anda escamada la gente!

Mas yo que en lo consecuente
lo mismo que un perro soy,
listo el negocio arreglé,
su puesto de usté ocupando.

ENR. Mi puesto? ¿Qué estás habland

CURRO. Que me toman por usté.
Que una carta me cogieron,
y como vienen á mí...

ENR. ¿Te creen culpable?

CURRO. Sí!
Como chinos lo creyeron.
Por mi propia autoridad
yo me fingí enamorado
como un bruto, y he dejado
á salvo su dignidad.

ENR. Soberbio!

CURRO. ¡Por Belcebú!
Manda cuanto quieras, chico!
Yo siempre me sacrifico
con gusto.

ENR. (¡Y me habla de tú!)

CURRO. Yo soy consecuente, honrado,
y no me vendo jamás.
Como yo no encontrarás
en tu vida otro criado. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, luégo D. SEVERO.

ENR. Tunante! Viven los cielos!
Esto ya de raya pasa.
Porque un servicio me presta...
Es claro! Yo le dí alas!...

SEV. (Pues señor, lo más derecho
es no andarse por las ramas.
Aquí está: yo se lo cuento
y salga por donde salga.)

ENR. Hola!

SEV. Me alegro de verte.

ENR. (Es preciso estar en guardia.)
Qué ocurre?

SEV. (Yo no vacilo.)
(En voz baja.)
¡Desgraciado! Mientras pasas
tu vida corriendo en pos
de aventuras temerarias,
no ves el horrible abismo
que está abriéndose á tus plantas.
ENR. Cómo?
SEV. Tu mujer, celosa,
y considerando ajada
sin duda su dignidad...
ENR. Acabe usted.
SEV. Se rebaja
hasta el punto de tomar...
¡Vamos, si el pensarlo espanta!
ENR. Tomar... el qué?
SEV. El qué?
ENR. Sepamos.
SEV. ¡La revancha!
ENR. La revancha?
¡Demonio! Explíquese usted!
SEV. Tengo pruebas de su falta.
ENR. ¿Falta?
SEV. Yo pude callar,
pero mi deber me manda
prevenirte, y de ese modo
puedes tranquilo y con calma
discurrir...
ENR. ¿Tranquilo, eh?
¡Mil truenos! Conque la ingrata
me vende! Pronto, su cómplice!
Quién es? Él Conde del Águila,
el Baron de Cinco villas?
SEV. No, no es de la aristocracia,
pertenece al pueblo.
ENR. Ah!
Ya sé; Gonzalo Metralla,
un pintamonas ridículo.
SEV. Tampoco: baja más, baja!
ENR. Tio, no me desespere!
SEV. Pues bien: quien así te ultraja,
el que á tu honor así atenta,

vive aquí, en tu propia casa!

ENR. Aquí?... ¡Gran Dios!

SEV. ¿No adivinas?

ENR. (¡Eduardo!) Imposible!

SEV. Gracias
á Dios!

ENR. Repito que es falso,
que no cabe tal infamia
en su proceder.

SEV. Lo mismo
pensé yo, mas aunque vagas
son las pruebas...

ENR. ¿Luego hay pruebas?

SEV. Vamos, cachaza, cachaza!

ENR. ¡Y yo que deposité
mi absoluta confianza
en ese hombre!

SEV. Lo más raro
no es eso: lo que me pasma
es que Elisa descendiera
hasta el punto de...

ENR. Venganza!

SEV. Poco á poco; es necesario
no precipitarse; aguarda,
que yo la verdad sabré
con la mayor eficacia.
Para descubrir intrigas
me pinto solo: no bastan
mis informes; déjame.
Tú no te metas en nada!

ENR. Mas...

SEV. Siento ruido.

ENR. Si es ella
no me contengo.

SEV. Pues pasa
á mi cuarto.

ENR. Deje usted
que desfogue ántes mi rabia
contra ese villano.

SEV. Nunca!
Tiempo habrá de desfogarla.
Ahora astucia y disimulo.

Anda.

ENR. ¡Por mi vida!

SEV. ¡Anda!

(Le obliga á entrar en el tercer cuarto izquierda.)

ESCENA IX.

D. SEVERO, luégo MARÍA.

SEV. Pues señor, era una gloria
la familia! Si no vengo,
sabe Dios hasta qué punto
hubiesen llegado! Pero
por fortuna estoy yo aquí,
y gracias á mi talento
y á mi diplomacia, pronto
cesarán tales enredos.

MARIA. Desde el primer pantalon
hasta el último chaleco,
desde el hueco más recóndito
hasta el más visible hueco,
registramos sin hallar
lo más mínimo: allá adentro
queda Elisa repasando
unos papeles.

SEV. Mi celo
no necesitó registros,
puesto que aquí sin esfuerzo
alguno logré encontrar
la clave de tal misterio.

MARIA. Ah! Sabe usted algo?

SEV. ¡Uf!

MARIA. Sus temores eran ciertos?
La engañaba?

SEV. Como á un chino;
digo, china.

MARIA. ¡Dios eterno!
Pobre Elisa! Yo en su caso,
sin andarme con rodeos,
le obligaba...

SEV. Á separarse?

MARIA. No tal: á tomar arsénico.

SEV. Zambomba!
MARIA. Yo soy así.
SEV. (Arde un volcan en su pecho.
Admiro este corazon
juvenil.)
MARIA. Bonito genio
tengo! Si mi novio osase
engañarme!
SEV. Cómo es eso?
Usted tiene novio?
MARIA. Sí.
SEV. Y quién es... si no hay misterio
que lo vede.
MARIA. Aquí hace poco
estaba.
SEV. Aquí? (No hay remedio,
señor, esta casa es
la casa de los enredos.)
MARIA. Se llama Curro Palomo.
SEV. Curro? Qué está usted diciendo?
MARIA. La verdad.
SEV. Pero señora!
MARIA. El mismo, Curro.
SEV. ¡Yo sueño!
Luego entónces esta carta...
(Le enseña la de Juana.)
MARIA. Es mia! Mas no comprendo...
Como se halla en su poder?
SEV. Bien hice yo en no creerlo!
Si no era posible.
MARIA. El qué?
SEV. ¡Pero al fin lo he descubierto!
Me estaba dando el olor
que era usted, señora.
MARIA. Al hecho!
SEV. ¡Desgraciada! Desgraciada!
Una chica de su mérito
irse á prendar... ¡Infeliz!
¿Y así confiesa su yerro?
MARIA. Pero qué pasa?
SEV. Usted sabe
quién es ese hombre?

MARIA. ¿Yo? ¡Cielos!
Es decir, que usted abunda
en los mismos pensamientos
de Elisa? Que tambien culpa
mi pasion?

SEV. Pues ya lo creo!

MARIA. Pues yo insisto en defenderle,
sí señor; y le defiendo,
porque tengo un corazon
más grande que todo eso.
Y Curro se casará
conmigo.

SEV. ¡Vaya un salero!
Pero si Curro es casado!

MARIA. Eh?

SEV. Ni estamos en Marruecos,
ni usted pensará matar
á su esposa.

MARIA. Don Severo,
basta de bromas!

SEV. No es broma!
Y su mujer tiene celos!

MARIA. ¡Casado! Y con quién, con quién?

SEV. Con quién ha de ser?

MARIA. No acierto.

SEV. Con la criada.

MARIA. ¡Ah, tunante!
(Ya sé por qué friega el suelo!)
Ay! Ay!

SEV. Señora!

MARIA. Una flecha
teñida en atroz veneno,
y lanzada á quema ropa
no produce tanto efecto
como su frase de usted.

SEV. Verdad! Mas yo nunca yerro;
y cuando descubro un lio
pongo en seguida remedio.
Voy á buscar ahora mismo
á ese infame, y en un verbo
arreglamos la cuestion;
preciso es que lo arrojemos

de casa.
MARIA. ¡Por la ventana!
Á mi cargo queda eso!

ESCENA X.

MARÍA, luégo EDUARDO.

MARIA. Falsedad tan inaudita
ha de purgar el traidor;
lo juro!
EDUAR. Pero Señor,
no me cosen mi levita?
MARIA. La impaciencia me devora.
EDUAR. (¡Elísa!)
MARIA. ¡Formóse aquí
fiera tormenta! ¡Ay de mí!
EDUAR. Qué le pasa á usted, señora?
MARIA. ¿Y usted lo pregunta? ¡Bien!
Muy bien! Aplaudo su maña!
Por supuesto, no me extraña
que lo apadrine tambien!
¿No es usted su amigo?
EDUAR. Yo?
MARIA. Le ayudaba de buen grado!
¡Pero sé que está casado!
EDUAR. (Cristo! Ya lo descubrió!)
MARIA. Más prueba su devaneo
el que usted así se asombre.
Su cara lo dice... ¡Hombre,
no se ponga usted tan feo!
EDUAR. Señora, mi situacion
es difícil, y á fe mia!...
MARIA. Suprima la hipocresía,
porque usté es otro bribon!
EDUAR. Mil gracias! (Esto faltaba!
Mejor es tomarlo á risa.)
MARIA. Todos, todos... hasta Elisa,
hasta Elisa me engañaba!
EDUAR. Elisa?
MARIA. Disimuló

con inaudita falsía.

EDUAR. Pero si ella no sabía
tal cosa.

MARIA. Cómo que no?
Conque no sabía nada?

EDUAR. Imposible!
Elisa? Bah!

MARIA. Conque no sabe que está
casado con la criada?

EDUAR. ¿Con la criada?

MARIA. ¡Dios mio!

EDUAR. Quién?

MARIA. El otro!

EDUAR. Lindo anuncio.
¿Y quién es el otro?

MARIA. ¡El nuncio!

EDUAR. (¡Ya tenemos nuevo lio!)

MARIA. Usted ve mi conmocion.
Ve usté el dolor que me altera!...
En vano mi angustia fiera
reprimo! No hay corazon
que igual embate resista.
¡Caballero! Caballero!
(Haciendo estremecimientos nerviosos.)

EDUAR. Qué ocurre?

MARIA. Que... ¡Ay! Ay! Yo muero!
(Cae desmayada sobre una silla.)

EDUAR. ¡Cáspita! Dios nos asista!
(Lllamando.) Chico! Té, tila, alquitran!
¡No hay duda! Se desmayó!

ESCENA XI.

DICHOS, ENRIQUE.

ENR. Qué diablos ocurre? (Oh!
Al fin encuentro al truhan?)

EDUAR. ¡Nada! No vuelve! Qué hacer?

ENR. (¡Dios me tenga de su mano!)

EDUAR. (Volviéndose y tropezando con Enrique.)
Pronto! Un limon!

ENR. (Cogiendo á Eduardo de una oreja y acercán dole al proscenio.)
Dí, villano!
Remedo de Lucifer,
perjuro, inícuo, traidor!
¿Así pagas mi amistad?
EDUAR. Qué?
ENR. Tan inícua maldad
no te cubre de rubor?
EDUAR. Pero...
ENR. Pronto, amigo infiel.
Tu torpe infamia precisa!
MARIA. Oh? Dónde estoy? (Levantándose.)
ENR. (Viéndola.) ¿Aquí Elisa?
MARIA. La misma!
EDUAR. (Dios de Israel.)
MARIA. ¿Conque estaba usted casado? (Á Enrique.)
¿Conque mi honor ultrajó!
ENR. ¡Rayos y centellas... oh!
Esto ya es demasiado!
Lo estaba; pero el consorcio
que de tal modo te irrita,
nuestro cariño no evita,
porque hoy pediré el divorcio!
EDUAR. ¿Qué dice?
ENR. No hay más que hablar.
EDUAR. Calma y obremos con juicio.
ENR. Tú, causante del perjuicio,
me vienes á aconsejar?
EDUAR. Yo?
ENR. Tu conciencia no abate
tan indigno proceder?
¡Amabas á mi mujer!
EDUAR. ¡Santo Dios, qué disparate!
ENR. Comprendo bien la sorpresa
que en este instante te asalta!
MARIA. ¿Conque tu mujer te falta? (Á Enrique.)
Me alegro! ¡Chúpate esa!
ENR. Yo tu sangre beberé.
EDUAR. ¡Hombre!
ENR. Palabras no admito.
Salgamos!...

EDUAR. ¡Cielo bendito!...
MARIA. Eso! Mátemele usté! (Á Eduardo.)
ENR. Así irritado me ves
y te haces indiferente?
No haya escándalo, corriente;
ya nos veremos despues.

ESCENA XII.

DICHOS, D. SEVERO, CURRO.

SEV. Pídela al punto perdon
de tu funesto extravío.
CURRO. (Como se descubra el lio,
me cuesta una desazon.)
SEV. (Á María.) ¡Al seductor encontré!
MARIA. ¿Y qué? (¡Viejo más cargante!)
SEV. ¿No me pidió usté á su amante?
¡Pues aquí lo tiene usted! (Presenta á Curro.)
MARIA. Ese? ¡Qué horror!
EDUAR. ¡Ahí es nada!
SEV. Se arrepiente, yo lo fio.
MARIA. Este hombre no es nada mio!
SEV. Señora, usté está tocada!
MARIA. ¿Qué escucho?
SEV. Linda ocasion
de negarnos tal bicoca!
MARIA. ¿Tocada?—Usted sí que toca
á toda orquesta el violon!
SEV. ¡Voto va! (Á Curro.) Responde.
CURRO. El qué?
SEV. Tú bien lo habrás entendido.
Dí pronto á lo que has venido.
CURRO. Pero si yo no lo sé.
SEV ¿Tambien tú?
CURRO. Yo no sé nada!
Díjome que le siguiera
y le seguí.
MARIA. Quién tolera
tan ridícula embajada?
SEV. Pues á quién se refería

en su epístola, sepamos?

MARIA. (Señalando á Enrique.)
Á este caballero, estamos?

SEV. Mi sobrino? ¡Ave María!

MARIA. Su sobrino es el señor. (Señalando á Eduardo.)

SEV. ¡Pues me gusta el desatino!

MARIA. ¡Niega usted á su sobrino!

SEV. Hija mia, por favor!...

ENR. (Qué embrollo!)

EDUAR. (Siga la tana.)

MARIA. ¡Vuelva usté en sí, don Severo.

SEV. ¡Pero si este caballero
ha venido de la Habana!

EDUAR. ¡Qué me cuenta usted!

MARIA. Gran Dios!
De la Habana, siendo esposo
de Elisa?

SEV. ¿Este? Ay qué gracioso!
Me la casa usted con dos!

MARIA. Oh! Por la Vírgen bendita,
no embrolle usted el asunto!

ESCENA XIII.

DICHOS, JUANA, con una levita.

JUANA. La levita.

EDUAR. Hombre, qué á punto
ha llegado mi levita!

MARIA. (Ella! Es claro, se presenta
para inferirme un ultraje!)
(Á Enrique.) ¡Y que un hombre se rebaje
hasta una triste sirvienta!

SEV. Eh?

ENR. Qué dice?

MARIA. Infiel, aleve.
Pues su cariño le abona,
cargue usted con la fregona
y el demonio se lo lleve.
Mas ántes, roto ya el dique,
que aquí se explique conviene...

SEV. (Ap. á Curro.)
¡Ya caigo! Esta es la que tiene
relaciones con Enrique! (Señala á Juana.)
CURRO. ¡Cuerno!
SEV. (Al vuelo la cacé.
Si en teniendo yo un antojo!)
CURRO. (Á Juana.) ¡Conque has guiñado ya el ojo!
SEV. Nada, nada, yo doy fe.
Estaban en relaciones
infamando el casto techo...
Yo siempre me voy derecho
al fondo de las cuestiones.
ENR. Se conoce.
JUANA. (Á Severo.) Despacito
y calumnias no levante!
CURRO. (Ap. á Enrique.)
¿Conque tú eres el amante?
¡Qué amigos tienes, Benito!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ELISA.

ELISA. Qué sucede?
ENR. (Mi mujer!)
Vil, infame, desleal. (Á Elisa.)
CURRO. (Á Juana.) Lupercia Burgia!
ELISA. Qué es esto?
MARIA. (Á Enrique.) Pérfido, impío, truhan.
ENR. Nos veremos! (A Eduardo. Váse.)
CURRO. (Á Juana.) Nos veremos. (Váse.)
MARIA. Oh! ya me las pagarás. (Váse.)
JUANA. Rabia, rabia! (Váse.)
EDUAR. (Escurro el bulto.) (Váse.)
ELISA. (Á Severo.) ¿Pero quiere usté explicar
lo que ocurre?
SEV. Que la intriga
desenredé poco ha!
Si no vengo yo á esta casa,
dónde vamos á parar!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. SEVERO, ENRIQUE.

ENR. No se engaña usted?
SEV. Jamás!
Yo no me engaño en mi vida.
Te juro que es inocente
de esa infamia mi sobrina.
Es cierto que supusimos
lo contrario al ver la firma,
creyendo que tu mujer
te engañaba.
ENR. Sí; maldita
sospecha.
SEV. Pero es un ángel
de virtud, y la viudita
tambien es un ángel.
ENR. ¡Oh!
SEV. La inocente ha sido víctima
de un amor incomprensible.
ENR. Cómo?
SEV. Ignoras todavía
lo que pasa? Tu criado

Curro.—¡Parece mentira!
Enamorarse de tal
camueso.

ENR. (Bravo! La intriga
no se ha descubierto.)

SEV. Curro
seducir quiso á la chica,
mas su mujer descubrió
el enredo, y á María
relaté la infame trama,
causándola la noticia
una terrible impresion.

ENR. Es natural!

SEV. Pobre niña!
Ah! Supongo que á ese Curro
me le pondrás de patitas
en la calle.

ENR. Pues es claro!

SEV. Corriente, y á su costilla
tambien.

ENR. Tambien?

SEV. Sí señor!
sólo eso te justifica
ante la moral.

ENR. Muy bien.

SEV. Pero ha de ser en seguida.

ENR. Al momento, sí señor.
Ahora voy á la cocina
y les ajusto la cuenta.
(Pobre Eduardo! Mis diatribas
fueron injustas; corramos.
He de darle una cumplida
satisfaccion.) Hasta luégo.

SEV. Entereza y bizarría.

(Váse Enrique por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA II.

SEVERO.

Estamos como en un arca.

Qué laberinto! Qué enredo!
Ni otra torre de Babel!
Mas yo, que todo lo arreglo,
estoy aquí decidido
á interponer mi talento
y á que triunfe la verdad
sin ambajes ni rodeos.

ESCENA III.

DICHO, JUANA.

Saliendo del primer cuarto de la izquierda.

SEV. ¿Eres tú?—Y esa señora
cómo está?
JUANA. Gracias al cielo
volvió del desmayo.—¡Ay,
qué ataque, señor!
SEV. Fué bueno,
eh?
JUANA. Con los ojos en blanco
y la palidez de un muerto,
cayó sobre aquel sofá
puñetazos repartiendo
y mordiscos á docenas.
SEV. Consecuencias de los nervios.
JUANA. Mas lo raro de aquel lance
fué que durante el tremendo
ejercicio, no cesaba
de llamar á Curro.
SEV. Entiendo.
¡Claro está!
JUANA. Qué Curro es ese?
SEV. Tu marido.
JUANA. ¡Dios eterno!
Se equivoca usted!
SEV. Yo?—Nunca!
Tu marido! Lo confieso!
JUANA. ¡El pillo las tiene á pares!
SEV. No tal! Escucha primero.
La carta que sorprendiste

no era de Elisa.
JUANA. No?
SEV. Cierto!
Era de esa que tambien
se llama Elisa; mi ingenio
supo adivinar la trama,
y aquí mismo hace un momento
dije á Enrique que su esposa
era inocente del hecho
que al principio supusimos.
JUANA. Ah! Ya! Conque esas tenemos?
Era con doña remilgos.
SEV. Justamente.
JUANA. ¡Habrá mastuerzo!
Y no haberla estrangulado!
SEV. Esos dulces sentimientos
honran á cualquiera.
JUANA. Inícuo!
SEV. Eh! Basta de lloriqueos.
Si tu marido te engaña
tampoco dejas de hacerlo
tú tambien.—Lo has confesado!
JUANA. Yo?
SEV. Tú! Bien que lo recuerdo!
Tú eres aquí la manzana
y Enrique el Adan perverso
que engañando á su costilla
comió...
JUANA. Qué está usted diciendo?
SEV. Que el señorito, y que tú...
¡Ya no existen miramientos!
Engañar á su mujer
por una fregona!
JUANA. Pero...
SEV. Tú lo has dicho.
JUANA. Toma, toma!
Lo dije para dar celos
á mi marido.
SEV. Qué oigo?
JUANA. Verdad es que sin misterios
suele abrazarme.
SEV. Hola, hola!

JUANA. Es con buen fin!
SEV. Acabemos!
JUANA. Soy honrada, muy honrada,
está usted, y no consiento...
Una cosa es abrazar
y otra... Mi señora: vuelvo. (Váse.)

ESCENA IV.

D. SEVERO, ELISA, saliendo por la primera puerta derecha.

ELISA. Terminaron las querellas?
SEV. Casi: el chubasco pasó.
ELISA. Pero quién le provocó?
SEV. Aun estoy sobre las huellas.
ELISA. Y por qué me hizo encerrar
sin darme razon alguna?
SEV. Entónces no era oportuna
tu estancia en este lugar.
ELISA. En dónde se halla María?
SEV. Está enferma.
ELISA. Enferma?
SEV. Y grave,
pero no temas, se sabe
que empezó la mejoría.
ELISA. Enferma, y yo descuidada.
SEV. Sobrina, no te impacientes,
ha sido cuestion de dientes,
ya se encuentra sosegada.
Tal noticia recibió,
que un síncope la produjo
y puñetazos adujo
lo mismo en contra que en pró.
ELISA. Quién su infortunio ha causado?
SEV. Su novio: dijo que era
soltero el muy calavera
y supo al fin que es casado.
ELISA. ¡Cielos! Qué horrible falsía.
SEV. Juzga si es fatal su estrella.
ELISA. Y nada sospechó ella!
SEV. Quiá! Pues por eso mordía!
ELISA. No en balde lo presumí.

Ese hombre es un fementido.
SEV. Lo mismo la he repetido
cuando el lío descubrí.
Mas hoy saldrá de tu casa
tan grosero embaucador.
ELISA. Justo! Que pague su error
ya que á tanto se propasa.
SEV. En cuanto á tu esposo...
ELISA. Y bien?
Qué hay? Me engaña?
SEV. Eso creía,
pero es un santo, hija mia.
ELISA. De veras?
SEV. Un santo amen.
ELISA. Lo dije: su amigo acá
es el malo, Enrique no.
SEV. Lo mismo descubrí yo
y á mí nadie me la da.
Tu casa, sobrina bella,
iba del abismo en pos,
puedes dar gracias á Dios
de haberme traido á ella. (Váse.)

ESCENA V.

ELISA, luégo ENRIQUE.

ELISA. Y yo de su amor dudaba
con torpe y mezquino anhelo
siendo un esposo modelo.
ENR. (Saliendo por el foro.)
(Mi mujer! Esto faltaba.
Cuentas habrá de pedir
por mi pasado desvío.)
ELISA. (Muy cariñosa.)
Acércate esposo mio.
ENR. (Los sordos nos van á oir.)
ELISA. Aunque, me guardes rencor
y ofendido te presentes
en vano será que intentes
poner un dique á mi amor.
La vergüenza me sofoca

porque muy mal te he juzgado.
Hoy confieso mi pecado.

ENR. Eh? (Si se habrá vuelto loca?)

ELISA. Juzgaba sin paz ni calma
tu cariño falso aliño,
y sabes que tu cariño
es la mitad de mi alma.
Celosa entónces sufría,
torturaba mi razon,
y culpaba tu intencion
sin saber por qué lo hacía.
Otra pensé que robaba
lo que siempre guardé ansiosa,
pero yo estaba celosa.
Ya te he dicho que lo estaba.
Mas todo, todo pasó,
y solo mi dicha veo
porque por mi dicha creo
cuanto tu labio juró.

ENR. Elisa!... (Nunca pensé...)

ELISA. Ahora tu perdon imploro.

ENR. Mi perdon, cuando te adoro?
Eterna será mi fe.

ELISA. Y le juzgaba perverso.
Oh! Qué mal te he comprendido!

ENR. (Pues señor, soy el marido
más pillo del universo.)

ELISA. Pero ves cuánta maldad
la de Eduardo?

ENR. No adivino.

ELISA. Es un falso, un libertino;
asombra su liviandad.
Estar casado en secreto
y engañar á una mujer!

ENR. ¡Casado! (No puede ser!)

ELISA. Lo ignoras?

ENR. Sí! Por completo.
¡Casado!

ELISA. Pobre María!
Triste, abandonada, sola!...

ENR. (Pues señor, ruede la bola.)
¡Casado! Quién lo diría?

ELISA. Y quizá se encuentre aquí.
ENR. Cabal; en ese aposento.
ELISA. Tal cinismo no consiento.
ENR. Ni yo! Esto no queda así.
ELISA. Por consiguiente, es preciso
despedirle en el instante.
ENR. Sí señor; por intrigante.

ESCENA VI.

DICHOS, EDUARDO, por la segunda puerta derecha.

EDUAR. Dan ustedes su permiso?
ENR. (Qué oportunidad.)
EDUAR. Señora...
ELISA. Á buen tiempo llega usté.
EDUAR. Por qué motivo?
ELISA. Por qué?
(Ahora es la ocasion.) (Ap. á Enrique.)
ENR. (Id. á Elisa.) (Ahora.)
(No hagas caso.) (Ap. á Eduardo.)
ELISA. Allí quedó
abatida, enferma, muda!...
EDUAR. Quién?
ELISA. Esa pobre viuda
á quien usted engañó.
EDUAR. Caracoles!
ENR. (Ap. á Eduardo.) (¡Ten enfado!)
¡Dar tal premio á quien bien ama!
ELISA. Y usted honrado se llama?
ENR. ¿Y tú te llamas honrado?
(Ruborízate.) (Ap. á él.)
EDUAR. (Qué hacer?)
ENR. Ya demuestra su semblante
la culpa: parte al instante.
EDUAR. Que parta?...
ENR. Con tu mujer!
EDUAR. ¿Mi mujer?
ENR. (Ap. á Eduardo.) (Sí; estás casado,
cállate.)
EDUAR. Casado yo?
ELISA. Á que lo niega?

ENR. Eso no,
porque sería excusado.
EDUAR. De veras, eh? ¡Tiene gracia!
ELISA. En vano es que insista en ello.
(Marchándose por la izquierda. Eduardo quiere detener á Elisa; Enrique lo impide.)
EDUAR. (¡Si no fuera por aquello!...)
ENR. Qué falta de diplomacia!

ESCENA VII.

EDUARDO, ENRIQUE.

EDUAR. Es indigno el proceder
y no sufro insultos tales.
ENR. Calma, calma sobre todo;
si lo ocurrido no sabes,
á qué vienen esos gritos
y á qué conduce enfadarse?
Aquí estaba mi mujer
cuando salí hace un instante,
pero en vez de recibirme
celosa, sus brazos abre
y hasta me pide perdon
por sus dudas y desaires.
Me dijo que eras casado,
que á la viuda engañaste,
que yo era bueno, y tú no;
qué iba yo á hacer? Aguantarme!
EDUAR. Justo; y dejar que lloviesen
sobre mí todos los males.
ENR. Qué importa? Tú nada pierdes.
EDUAR. Pero soy vírgen y mártir,
y es un papel que me carga.
ENR. Pues afirmemos las paces;
de todos modos no puede
la situacion prolongarse.
Ya estoy harto de fingir.
¡Qué idea tan admirable!
todo se arregló.
EDUAR. Veamos.
ENR. Escucha: siendo la base

de todas nuestras desdichas
esa mujer, lo importante,
lo lógico es que desista
de perseguirme.

EDUAR. No es fácil.

ENR. Si logras enamorarla,
nuestro triunfo es indudable;
y lo lograrás, de fijo.
Ella pensaba casarse;
sabe que estoy yo casado,
busca otro pez, el pez sale
y le pesca de seguro!

EDUAR. Sí? Pues que pesque á su padre,
porque ese pez no soy yo.

ENR. Es que ese pez—ignorante!—
se escurre como la anguila.

EDUAR. Pues yo no me escurro!

ENR. Dale!
Si todo es una comedia:
«La amo á usted, hierve mi sangre;»
mas luego la espalda vuelves,
y abur.—Esto ya lo hacen
casi todos, y hasta ellas
tambien lo practican.—Dame
un abrazo. Á tí te debo
mi dicha, mi honor; ¡ah! sálvame
y te perdono aquel pico.
No hay más que tratar.

EDUAR. En balde
te empeñarás si primero
un juramento no haces.

ENR. Habla.

EDUAR. Me has de prometer
no volver más á faltarle
á tu esposa.

ENR. No es posible.

EDUAR. Cómo no?

ENR. Que yo la falte
quiero decir.

EDUAR. Me lo juras?

ENR. Lo juro! Seré constante.
Termina tu sacrificio

y el cielo sabrá premiarte.
Anda, estudia la leccion,
y en cuanto te avise, sales.
(Le conduce hasta el segundo cuarto derecha.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, CURRO, por el foro.

CURRO. (Aquí está; llegó la mia.)
ENR. Qué buscas? No te he llamado.
CURRO. No importa, yo me he colado
porque así me convenía.
ENR. Habrá insolencia mayor!
CURRO. Sí señor.
ENR. Marcha te digo.
CURRO. La que usted hizo conmigo
fué más grande, sí señor.
Y aquí decidido vengo
lo que tengo á cuestionar.
Ya puede usted calcular
que es muy grave lo que tengo.
ENR. (Este tuno no respeta
mi autoridad ni mi brío.)
CURRO. Acabemos, señor mio.
Ahí tiene usted mi tarjeta. (Le da una.)
ENR. Qué?
CURRO. Me expongo á un duro trance;
pero mi honra atropelló,
y aunque soy gallego, yo
nunca excuso ningun lance.
ENR. Qué tal?
CURRO. Y en cuanto á esa arpía,
la enseñaré á ser coqueta.
ENR. Bueno: venga tu tarjeta.
CURRO. Gracias.
ENR. (Dándole un puntapié.)
Allá vá la mia.
CURRO. Ay!
ENR. Quieres otro? Bribon! (Le da otro.)
CURRO. Cuerno!
ENR. No esperes que estalle.

Ó te plantas en la calle,
ó sales por el balcon.
¡Vete!

CURRO. Bien! Me arroja fuera
de casa, y apaleado.
(Nunca, nunca me ha pasado
esto en toda mi carrera.)

ESCENA IX.

ENRIQUE, luégo MARIA.

ENR. Ya terminó la cuestion.
Al cabo me desahogué!

MARIA. (Dirigiéndose al interior.)
Bueno, una taza de té
con cuatro gotas de ron.

ENR. (Ella!)

MARIA. ¡Cielos!

ENR. (No hay escape.)

MARIA. Y tiene usté atrevimiento
de ponerse ante mi vista?

ENR. Usted es la que se ha puesto.

MARIA. Márchese usted.

ENR. Allá voy. (Corriendo.)

MARIA. ¡No se marche usted!

ENR. Obedezco.

MARIA. (Le coge de una mano y le acerca al proscenio.)
Por la calle de la Bola
iba yo hace poco tiempo,
cuando pasó usté á mi lado
y me lanzó tres requiebros.
Quiso hablarme y le escuché.
Me juró un amor eterno,
y á su descarga cerrada
contesté yo haciendo fuego.
¿Qué hizo usted de sus promesas?
¿Qué hizo de sus juramentos?

ENR. Cabal! Eso digo yo.

MARIA. Acabemos.

ENR. Acabemos.

MARIA. Usted me ha engañado.

ENR. Casi.
MARIA. Usted se fingió soltero.
ENR. Al grano.
MARIA. ¿Al grano? Corriente.
Exijo en un breve término
reparacion de los daños
y perjuicios.
ENR. Yo la ofrezco
cuanto pida.
MARIA. ¿Cuanto pida?
Pues que se case usted quiero
conmigo.
ENR. Eso es imposible.
MARIA. Por qué?
ENR. Porque ya lo he hecho.
MARIA. Pues mata usté á su mujer.
ENR. ¡Cáspita!
MARIA. No hay más remedio.
¿Me engañó? Sufra la pena.
ENR. Hable usted bajito. (Temo
que salga Elisa y sorprenda...)
MARIA. Vamos, hable usted!
ENR. Es cierto
que una falta he cometido.
MARIA. Diga usté un pecado horrendo!
Consentir á una viuda!...
ENR. Chist! No grite usted!
MARIA. (Gritando.) Perverso!
¡Ingrato!
ENR. ¡No grite usted!

ESCENA X.

DICHOS, EDUARDO.

EDUAR. Qué escándalo es este?
ENR. (El cielo
le trajo.)
Bien; es usted,
don Enrique? Bien! Me alegro.
Sepa que su amigo Curro
es un vil.

EDUAR. Lo he descubierto,
y juro á usted que su accion
nuestra amistad ha deshecho.
MARIA. Es claro!
EDUAR. Y extraño mucho
verle á usted aquí, caballero!
ENR. Cómo?
EDUAR. Salga usted de casa!
ENR. (Ap. á Eduardo.) (Divino chico, soberbio!)
(Alto.) ¡Tal insulto!
EDUAR. Salga usted.
MARIA. (Á Eduardo.) Ántes rómpamele un hueso.
ENR. (Canario!) Adios, señor mio!
EDUAR. ¡Nos veremos!
ENR. ¡Nos veremos! (Váse.)

ESCENA XI.

MARÍA, EDUARDO.

MARIA. ¡Ay! (Sentándose.)
EDUAR. Qué tiene usted?
MARIA. Los nervios
que están en revolucion,
y ademas esta querella
me ha causado un susto atroz. (Se levanta.)
Póngase usted en mi lugar.
Me juran eterno amor,
me lo juran, y yo cándida
entrego mi corazon
á quién? Á un pillo.
EDUAR. Á un tunante!
MARIA. Á un fementido.
EDUAR. Á un traidor.
MARIA. Usted le culpa?
EDUAR. Le culpo.
MARIA. Mil gracias por la intencion.
EDUAR. Engañar á una doncella!...
MARIA. No merezco tanto honor.
Viuda, caballero.
EDUAR. Bien.
Á una viuda que hizo Dios

por sus hechizos y gracias
entre todas la mejor.
Porque usted es muy bonita
y tiene muy buena voz,
digo, muy hermosos ojos
y un talle, y una expresion,
y luégo unos labios—ah?
y aquí unos hoyitos—¡oh!
(Me parece que me porto.)

MARIA. No sea usted picaron!

EDUAR. Deje usted que hable.

MARIA. Hable usted.

EDUAR. Deje que hable, por favor.

MARIA. ¡Hable usted, hombre!

EDUAR. Señora...
(Abordemos la cuestion.)
Yo la amo á usted!

MARIA. Eh? Qué dice?

EDUAR. La amo á usted, ó por mejor.
decir, la amaba.

MARIA. ¿Qué escucho?
¡Un hombre casado!

EDUAR. No!
Se engaña usted! Yo soy libre.

MARIA. Libre?

EDUAR. Como el avion.

MARIA. ¡Cielos! Conque usted y Elisa...

EDUAR. (Ya no me acordaba yo
que soy su esposo.) Cabal.

MARIA. ¡No eran casados!

EDUAR. (Qué horror!)

MARIA. Quién había de decir!...

EDUAR. Usted sus lazos rompió;
yo tambien rompí los mios.
Su hermosura, la traicion
de que usted ha sido víctima,
todo, todo me impulsó.
Aquí tiene usted mi mano.
Aproveche la ocasion
y vénguese del impío...

MARIA. Usted me ofrece...

EDUAR. Un amor

tierno, fiel, apasionado.
MARIA. (¿Si se casa por qué no?)
EDUAR. Tengo una inmensa fortuna.
MARIA. Dónde?
EDUAR. (En la imaginacion.)
En fincas y en olivares,
mucho aceite, mucho!
MARIA. En pos
de ese cariño entrañable
corrió siempre mi ilusion.
EDUAR. Pues que pare ya, que pare.
Á sus plantas se rindió
quien de esos labios aguarda
la muerte ó la salvacion.
MARIA. Yo no debo...
EDUAR. (Besándola la mano.) Oh dicha, oh gloria!

ESCENA XII.

DICHOS, ELISA.

ELISA. Qué veo?
MARIA. (¡Elisa!)
EDUAR. (¡Tableau!) (Se levanta.
ELISA. ¿Y lo escuchas todavía?
Yaún dejas que se propase?
No conociéndole, pase,
mas ahora... ¿Quién lo diría?
MARIA. Comprendo tú atroz quebranto,
pues la forma es algo ruin;
pero viene con buen fin
y eso le disculpa un tanto.
Siempre el corazon se explica
cuando arde en profunda llama.
Me dice que no te ama
y mi cariño suplica.
Yo no estoy en situacion
de despreciar un marido;
conque si me has entendido
demos punto á la cuestion.
ELISA. Oigo todas tus razones,
mas no te entiendo, María.

MARIA. Pues digo que te creía
casada, y no en relaciones.

ELISA. Cielos!

EDUAR. (Ya escampa!)

ELISA. Al momento
exijo una explicacion.

MARIA. (Á Eduardo.) Pues se ofrece la ocasion,
pruébela usted, que no miento.

EDUAR. (Claro! Cayó sobre mí
cual siempre la granizada.)

ELISA. (Á Eduardo.) ¡Conque yo no estoy casada?

EDUAR. No señora... digo, sí!
digo no! (Malhaya amen
quien me mete en tales lios.)

ELISA. Usted de estos desvaríos
tendrá la culpa tambien.

MARIA. Si tú dejas que me explique...

ELISA. Es más! Lo quiero, lo exijo.

MARIA. Corriente: pues me lo dijo
tu cómplice, el mismo Enrique,
(Así sabré la verdad.)

ELISA. Enrique? Imposible! No!

MARIA. Cuando te lo afirmo yo!

ELISA. Esto es una iniquidad.

MARIA. Pues que hable, ese es mi deseo.

ELISA. Tanta infamia no creí!

MARIA. Que hable, puesto que está aquí.

ELISA. Dónde está? Yo no le veo!

MARIA. Dónde? Aquí.

ELISA. Necia quimera!

MARIA. Este. (Señalando á Eduardo.)

ELISA. ¿Enrique? ¡Qué bobada!

MARIA. ¿Ves como no estás casada?
¡Ni le conoces siquiera!

ELISA. El enredo no me explico.

MARIA. Sepamos quién es usté.

EDUAR. Que quién soy yo? No lo sé.
(Si no fuera por el pico!...)

ELISA. No tolero tal patraña.

MARIA. (Me habrán dado otro petardo?)

ELISA. No es Enrique, es Eduardo;
es quien casado te engaña.

MARIA. Eduardo?
EDUAR. Eduardo, cabal.
(Ap. á María.) (Cállese usted y no replique.
Eduardo yo y Curro, Enrique.)
MARIA. (No he visto insolencia igual.)
EDUAR. Fué un error quien de pasada
nos condujo al derrotero.
Soy Eduardo y soy soltero,
y esta señora casada.
ELISA. Y tanto.
MARIA. (El falso fingía
hasta el nombre... ¡No lo paso!)
(Á Elisa.) (Sabe...)
EDUAR. (Ap. á María.) (Calle usté y me caso.)
MARIA. (Á Eduardo.) (No diré esta boca es mia.)
ELISA. Y usted es soltero?
EDUAR. Sí.
Quién ese cuento inventó?
ELISA. De veras?
EDUAR. Pues no que no!
MARIA. Asimismo lo creí.

ESCENA XIII.

DICHOS, D. SEVERO.

SEV. De qué se trata?
ELISA. Mi tió
me lo dijo hace un instante.
EDUAR. Pues ahora que está delante,
comprenderá su extravío.
ELISA. No me dijo usted hace poco
que era este jóven casado?
SEV. El señor? Ni lo he pensado.
Aunque estuviese yo loco.
ELISA. Pero...
SEV. Tu insistencia es vana.
Es muy cierto que le estimo.
Mas solo sé que es tu primo.
ELISA. Mi primo?
SEV. Sí! El de la Habana!
ELISA. ¿De la Habana?

SEV. Negarás
á un pariente tan cercano?
ELISA. Pero por Dios soberano,
si no los tuve jamás.
SEV. Enrique en este aposento
me hizo tal revelacion,
y extraño tu admiracion,
pues sabes que nunca miento.
Á quien yo me refería,
y verás qué bien discurro,
era á Curro.
ELISA. Quién es Curro?
SEV. El amante de María!
MARIA. Mi amante? ¡Qué atrocidad!
SEV. Tambien se hace usted de nuevas?
MARIA. Sí señor.
SEV. Pues tengo pruebas
de tan torpe liviandad.
Si ahora quiere usted fingir
tratándose de un criado,
bueno, no está mal pensado;
pero yo no sé mentir.
Usted á Curro escribió.
MARIA. Vaya otra invencion galana!
SEV. Ahora lo veremos! (Llamando.) Juana!

ESCENA XIV.

DICHOS, JUANA.

JUANA. Llamaba usted?
EDUAR. (Ap. á Juana.) Dí que no.
JUANA. (Id.) (Comprendo: ya mi marido
me explicó toda la historia.)
SEV. (Á Juana.) Conservas buena memoria?
JUANA. Siempre buena la he tenido.
SEV. Tú no mentirás, lo sé.
Aclaremos la querella;
préstame la carta aquella.
JUANA. De qué carta me habla usté?
SEV. La que sorprendiste hoy.
JUANA. No recuerdo.

SEV. Desgraciada!
Ninguno recuerda nada!
JUANA. Lo aseguro por quien soy.
SEV. Conque la carta de amor
que á Curro escribió María...
JUANA. Á mi esposo? Picardía!
SEV. Tambien lo niegas? ¡Horror!
JUANA. Si mi marido es un santo.
Sin duda usted perdió el seso.
SEV. Por no perderle, por eso
me admira tu audacia tanto.

ESCENA XV.

DICHOS, ENRIQUE.

ENR. (Todo lo escuché y no hallo
en presentarme peligro.)
MARIA. (Viendo á Enrique.) ¡Él!
EDUAR. (Ap. á María.) Ó calla usted ó emigro.
MARIA. (Id.) Pues callo, por lo que callo!
SEV. ¿Eres tú? Me alegro, ven.
No es este tu primo?
ENR. No.
SEV. Tú me lo dijiste.
ENR. Yo?
SEV. Ahora lo niega tambien!
Pero he soñado, Dios mio?
No tal! Ni pensarlo puedo.
¡Yo descubriré el enredo!
ENR. No lo descubra usted, tio!
Esta es mi esposa querida
á quien juro eterno amor.
Este mi amigo mejor,
y esta otra su prometida.
EDUAR. (Ya pondré á sus ansias fin.)
MARIA. (Á Eduardo.) Mañana á la iglesia.
EDUAR. Bien.
(Esta noche tomo el tren
y no paro hasta Pekin.)
MARIA. (Á Enrique.) (Gracias al destino fiero
no nos oyen hoy los sordos.)

(Altn.) Que ustedes sigan tan gordos.
sobre todo el caballero. (Señalando á Enrique.)

ELISA. Volverás?

MARIA. No tendrás queja.
Ya vendré alguna mañana.
(Señor, de qué buena gana
le arrancaría una oreja!)
Pero en tanto hay ocasion,
no olvides, Elisa mia,
que en la sociedad hoy dia
bulle cada culebron!
que no hay capricho ni antojo
que á sus planes se resista,
y que se pierden de vista
aunque se tenga mucho ojo.
(Á Enrique.) No lo digo por usted.
(Á Eduardo.) Oh! ni por usted tampoco.
(Me va á costar un sofoco
este lance, ya lo sé.)
Adios! (Á Severo.) Que siga usted bueno,
cuide usted á su sobrino.
Es un ángel! (Á Enrique pellizcándole.) (¡Liberti-
Toma este y traga veneno!) [no!
(Alto.) Desde hoy tendré el genio franco;
ó herrar ó quitar el banco.
Á la iglesia ó á su casa,
pues la que no da en el blanco
ya ve usted lo que le pasa.

FIN DE LA COMEDIA.

NOTA.

El actor que desempeñe el papel de *Curro*, deberá vestir americana, chaleco encarnado y corbata blanca, propia de cochero.

ADICION

al Catálogo de las obras de esta Galería, posterior al 1.° *de Octubre de* 1874.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
3	2	Cada loco con su tema-j. o. p.	1	D. M. Ramos Carrion...	Todo.
8	2	Juan Piton—c. o. v..........	1	Javier de Búrgos....	»
3	2	Un novio campanólogo-c. o. v.	1	Javier de Búrgos....	»
4	3	Dar en el blanco.............	3	M. Pina Dominguez..	»

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Addinistracion Lirico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.